

atado al hierro un gonfalon todo blanco. Las franjas le caen hasta las manos. Noble es su cuerpo; su rostro, claro y risueño. Junto a él va su compañero, y los francos le aclaman por su fiador. Él mira amenazante hacia los sarracenos, y después, dulce y humilde, hacia los franceses. Y les dice gentilmente estas palabras.

-Señores barones: ¡Al paso! ¡Poco a poco! Los infieles acuden a buscar su martirio. Antes de la noche habremos ganado un bello y rico botín. Ningún rey de Francia conoció otro parecido.

Así hablaba, cuando chocaron los dos ejércitos.

XCII

Oliveros dice:

-No tengo el corazón para palabras. No os dignasteis tocar el olifante, y nos falta Carlos. Él no sabe palabra de estas cosas, él, tan esforzado, y la culpa no es suya. Y los valientes que aquí se encuentran tampoco merecen vituperio. Ahora, pues, cabalguemos contra esa gente con todo nuestro coraje. ¡Señores barones, teneos firmes en batalla! Por Dios os lo suplico. No penséis sino en matar. ¡Golpe dado por golpe recibido! Y no olvidemos el grito de guerra de Carlos.

A estas palabras los franceses dan el grito de guerra:

-¡Montjoie!

Quien los hubiese oído gritar ¡Montjoie!, tendría memoria de una hermosa bizzarria. Luego cabalgan, ¡Dios!, tan ligeramente, y, por más apresurarse, clavan las espuelas y se hunden en la refriega. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Los sarracenos los reciben sin temblar. He aquí que francos e infieles se han juntado.

XCIII

El sobrino de Marsil tiene por nombre Aelrot; cabalga el primero ante las huestes, y va diciendo a nuestros franceses feas palabras:

-¡Felones franceses, hoy vais a mediros con nosotros! Quien debió ser vuestra guarda, os ha traicionado. ¡Bien loco el rey que os dejó en los puertos! En este día la dulce Francia perderá su renombre, y Carlos el Magno el brazo derecho de su cuerpo.

Cuando Roldán lo ha oído, ¡Dios, qué gran dolor el suyo!, espolea su caballo, le deja galopar a rienda suelta y acomete a Aelrot lo más rudamente que puede. Le parte el escudo y le abre la loriga, le parte el pecho y le rompe los huesos; todo el espinazo le resquebraja. Con su lanza le arroja fuera el alma. Le hunde el hierro fuertemente; se estremece el cuerpo, con gran lanzada lo abate, cae muerto del caballo, y la nuca se le parte en dos mitades. Roldán, entre tanto, no cesa de hablarle:

-No, hijo de siervo, Carlos no está loco, y jamás pensó hacernos traición. Dejamos en los puertos fue obrar como un valiente. En este día la dulce Francia no dejará de ser enaltecida. ¡Golpead, franceses, que el primer golpe es ya nuestro! ¡El derecho está con nosotros, y con estos felones está la injusticia!

XCIV

Aquí está un duque, que tiene por nombre Falsarón; éste era hermano del rey Marsil, que tenía la tierra de Datán y Abirón. No hay peor truhán bajo el cielo. Es tan ancha su frente, que entre los dos ojos puede medirse un buen medio pie. Siente gran dolor cuando ve a su sobrino muerto. Se desprende de la turba, carga a rienda tendida, lanza el grito de guerra de los infieles, y les grita a los franceses una injuria:

-¡En este día la dulce Francia perderá su honor!

Oliveros le escucha y se irrita; clava en su corcel las espuelas doradas y asesta al infiel un golpe de verdadero barón. Le parte el escudo, le desgarró la cota, le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalon; a plena lanza lo levanta de los arzones y lo abate, ya muerto. Le mira caído en tierra. Ve yacente al traidor, y entonces le dice con fiereza:

-¡De tus amenazas no me curo, hijo de siervo! ¡A ellos, franceses, que bien los hemos de vencer!

Grita:

-¡Montjoie!-, es la contraseña de Carlos.

XCIV

Aquí está un rey que tiene por nombre Corsablín. Vino de Berbería, una tierra lejana. Él grita a los otros sarracenos:

-Podemos resistir la batalla. Los francos son tan pocos que bien podemos despreciarlos. No será Carlos quien salve aquí uno solo. He aquí el día en que morirán.

El arzobispo Turpín bien lo ha escuchado. No hay bajo el cielo un hombre a quien él odie más. Hince en el corcel las espuelas de oro fino, y gallardamente va a golpearlo. Le parte el escudo, le deshace la cota y le hunde en la carne su lanzón. Empuja con fuerza, le sacude, le zarandea, y a un pleno golpe de asta cae muerto sobre el camino el infiel. Turpín mira a tierra, yacente ve al felón; no dejará de hablarle un tanto:

-Infiel, hijo de siervo. ¡Habéis mentido! Carlos, mi señor, puede siempre salvarnos. No tienen los franceses corazón para huir. A vuestros compañeros haremos volver grupas. Y quiero daros una nueva: ¡Tendréis que enfrentaros con la muerte! ¡Matad, franceses! ¡Que nadie lo olvide! ¡Este primer golpe es ya nuestro, a Dios gracias! -Y grita: ¡Montjoie!-, para quedarse dueño del campo.

XCVI

Y Garín ataca a Malprimis de Berbegal. El buen escudo del infiel no vale ya un ochavo. Garín le quiebra la bloca de cristal y la mitad cae por tierra. Le rompe la cota hasta la carne; le hunde en el cuerpo su buena lanza y el moro cae derribado como una mole. Su alma, Satanás se la lleva.

XCVII

Y su camarada Gerer acomete al emir. Le parte el escudo, le desmalla la cota, le hunde en las entrañas su buena lanza, apoya fuertemente, le atraviesa el cuerpo con el hierro, y a plena asta le derriba muerto en el campo. Oliveros grita:

-¡Hermosa es nuestra batalla!

XCVIII

El duque Sansón va a herir al almanzor. Le rompe el escudo guarnecido de oro y ornado de florones. Su espesa cota poco puede guarnecerle. Le atraviesa el corazón, el hígado y los pulmones y, ¡llórelo el que quiera!, le derriba muerto.

-¡El golpe es de valiente! -dice el arzobispo.

XCIX

Y Anseis dejó libre a su corcel, y acomete a Turgis de Tórtoles. Le rompe el escudo bajo el brazal dorado, desgarrando de parte a parte su doble loriga y le hinca en el cuerpo el hierro de su fuerte lanza. Hunde, y sale la punta por la espalda. Al gran empuje le derriba muerto a tierra. Roldán exclama:

-¡Ese golpe es de un valiente!

C

Y Engleros, el gascón de Burdeos, espolea su caballo, suelta las riendas y se lanza a acometer a Escremis de Valtierra. Le parte el escudo, que lleva al cuello, le desjunta las alguazas, le rompe el almófar de la loriga, y le llega al pecho, bajo la garganta. A lanza plena le derriba muerto de su silla, diciéndole:

-¡Heos aquí, pues, en perdición!

CI

Y Atón golpea a un infiel, Estercuel, en el cuero del escudo, por delante, en tal guisa que le desgarran los cuarteles blancos y bermejos. Le rompe los paños de su loriga, y le hunde en su cuerpo su lanza que bien punza, arrojándole muerto de su veloz caballo. Después le dice:

-¡Buscad ahora quien os salve!

CII

Y Berenguer hiere a Tamarite. Le parte el escudo, le deshace la cota, a través del cuerpo le hiende su fuerte lanza. Entre mil sarracenos lo derriba muerto. De los doce Pares, he aquí que diez han sido muertos. Sólo dos están con vida: es Chernublo y es el conde Margaris.

CIII

Margaris es un valiente caballero, hermoso y fuerte, ágil y ligero. Espolea, y va a herir a Oliveros. Le rompe su escudo bajo la bloca de oro puro. Su lanza le roza los costados. Dios guarda a Oliveros. Su cuerpo no ha sido tocado. El asta tiene rota, pero él no ha sido derribado. Margaris sigue adelante, sin tropiezos, y hace sonar la trompa para rehacer a los suyos.

CIV

Maravillosa es la batalla, y se torna en un cuerpo a cuerpo. El conde Roldán no se escatima, y alancea mientras el asta le dura. Después de quince golpes, la ha roto y destruido. Y tira de Durandarte, su buena espada, toda desnuda. Espolea, y va a herir a Chernublo. Le parte el yelmo donde resplandecen carbunclos; le parte el turbante y con ello el cuero del cráneo, le raja la faz, entre los ojos; la cota blanca de menudas mallas, y todo el cuerpo hasta las bragas. A través de la silla, incrustada en oro, la espada alcanza al caballo. Le parte el espinazo sin buscar la juntura, y lo derriba ya muerto en el prado, sobre la hierba espesa. Después le dice:

-¡Hijo de siervo, en la ruta de la desgracia os habéis puesto! De Mahoma no tendrás ayuda. ¡Un truhán como vos no ganará la batalla!

CV

El conde Roldán cabalga por el campo; en la mano Durandarte, que bien raja y parte. De los sarracenos hizo gran carnicería. ¡Quién le hubiese visto echar el muerto sobre el muerto, y la sangre desparramar en charcos! Tiene ensangrentados la cota, sus dos brazos y su buen corcel. La sangre llega desde las crines del caballo hasta los lomos. Y tampoco reposa Oliveros, ni los doce Pares, ni los francos, que redoblan los golpes. Los infieles mueren, otros desfallecen. Y el arzobispo dice:

-Sea bendita nuestra baronía. ¡Montjoie!

Es el grito de armas de Carlos.

CVI

Y Oliveros cabalga a través de la contienda. De su asta rota, no le queda más que un trozo. Va a herir a un infiel, Malón. Le parte el escudo, cubierto de oro y de florones; le hace saltar del cráneo los dos ojos, y se esparcen los sesos hasta los pies. Y le derriba muerto entre otros que yacen sinnúmero. Después mata a Turgis y a Estercuel. Pero el muñón de lanza se le hace astillas entre sus mismos puños. Roldán le dice:

-¡Qué hacéis, compañero? En una tal batalla no me curo de un madero. Sólo valen el hierro y el acero. ¿Dónde está vuestra espada, que llamáis Altaclara? De oro es la guarnición, el pomo de cristal.

-No puedo descenvainarla -responde Oliveros-. ¡Tantos trabajos tenía!

CVII

Mi señor Oliveros desenvainó su buena espada, aquella que tanto le ha requerido su compañero Roldán, y le muestra cual buen caballero cómo se sirve de ella. Luego hiere a un infiel, Justino de Valferrado. Le parte por mitad la cabeza y le raja el cuerpo y la loriga recamada, y la buena silla cuyas gemas están engarzadas en oro; y a su caballo le parte el espinazo. Le derriba muerto sobre el prado, y Roldán dice:

-Por hermano os reconozco. ¡Si el emperador nos ama, es por asestar estos golpes!

-¡Montjoie! -resuena por todas partes.

CVIII

El conde Garín monta al caballo Sorel, y su compañero Gerer a Paso-de-Ciervo. Dejan libres las riendas, clavan los dos sus espuelas y se lanzan a herir a un infiel, Timocel, el uno sobre el escudo, el otro en la loriga. Las dos lanzas se quiebran en el cuerpo. Cae muerto, hacia atrás, en un barbecho. ¿Quién de los dos fue más ligero? Nunca lo oí decir, ni sé cuál de los dos pudo serlo más.

El arzobispo les ha matado a Sigloreil, el encantador aquel que ya había bajado a los infiernos a donde lo llevara Júpiter, por sortilegio.

-He aquí una presa que se nos tenía reservada -dice Turpín. Y Roldán responde:

-¡Vencido está el hijo de siervo! ¡Hermano Oliveros, he aquí los golpes que me placen!

CIX

La batalla se ha vuelto más encarnizada. Francos e infieles se asestan mandobles maravillosos. Si el uno ataca, el otro se defiende. ¡Cuántas astas rotas y ensangrentadas! ¡Cuántos gonfalones y enseñas desgarrados! ¡Cuántos buenos franceses que pierden su joven vida! Nunca volverán a ver a sus madres y esposas, ni a los de Francia, que les esperan en los puertos. Carlos el Grande llorará y se lamentará pero ¿de qué servirán sus quejas? De él no tendrán ayuda. Malamente le ha servido Ganelón, el día en que fue a Zaragoza a vender a sus fieles. Por haberlo hecho perdió la vida y los miembros, por juicio, en Aquisgrán, donde fue condenado a ser colgado; y con él treinta de sus parientes, que no esperaban semejante muerte.

CX

La batalla es maravillosa y pesada. Roldán y Oliveros bien combaten en ella. Y el arzobispo ha asestado ya más de mil golpes. Los doce Pares no se quedan atrás, ni los francos, que atacan todos juntos. Mueren por centenas y por millares los infieles. El que no huye, no halla ningún refugio. De buen o mal grado deja allí su vida. Los franceses pierden allí sus mejores sostenes. Nunca verán a sus padres y a sus parientes, ni a Carlomagno, que les aguarda en los puertos. En Francia se levanta una extraña tormenta. Una tempestad cargada de truenos y de vientos, de lluvia y de granizo, desmesuradamente. Los rayos caen tupidos y raudos.

La tierra tiembla. Desde San Miguel del Peligro hasta los Santos, desde Besançon hasta el puerto de Wisant, no hay casa donde no reviente un muro. A pleno mediodía, caen grandes tinieblas. Ninguna claridad, sólo cuando se rasga el cielo. Nadie lo ve que no quede espantado. Muchos dicen:

-¡Llegó la consumación de los tiempos! ¡He aquí que llegó el fin del mundo!

Ellos no lo saben. No dicen verdad. Es el gran dolor por la muerte de Roldán.

CXI

Los francos se han batido con todo el corazón, fuertemente. Los infieles han muerto en multitud, por millares. De los cien mil, apenas dos han logrado salvarse. El arzobispo dice:

-¡Nuestros hombres son muy valientes! ¡Ningún rey tuvo mejor ejército bajo el cielo! En los anales de los francos queda escrito que Carlos tuvo buenos vasallos.

Discurren por el campo, buscando a los suyos. Lloran de dolor y de lástima sobre sus parientes, del fondo de su corazón y en su amor. Viene contra ellos, con su gran ejército, el rey Marsil.

CXII

A lo largo de un valle se acerca el rey Marsil con las huestes que él ha juntado. Ha formado y cuenta veinte cuerpos de batalla. Resplandecen los yelmos, donde hay ricas piedras engastadas en oro. Y fulguran los escudos y las cotas bruñidas. Siete mil clarines anuncian la acometida. Es grande el estruendo por toda la comarca. Roldán dice:

-Compañero Oliveros, mi hermano: Ganelón el felón ha jurado nuestra muerte. La traición no puede quedar oculta. Pero el emperador tomará fuerte venganza. Vamos a entablar una batalla áspera y dura. ¡Jamás hombre alguno habrá visto parecido encuentro! Yo combatiré con Durandarte, mi espada, y vos, compañero, con Altaclara. ¡Por cuántas tierras las hemos llevado! ¡En cuántas batallas hemos con ellas vencido! ¡De ellas no debe cantarse un mal cantar!

CXIII

Contempla Marsil el martirio de los suyos. Hace sonar los cuernos y sus bocinas, y galopa con el grueso de su gran ejército. Adelante cabalga el sarraceno Abismo; no hay otro más felón entre sus tropas. Lleno está de vicios y de grandes crímenes. No cree en Dios, el hijo de Santa María. Es tan negro como pez derretida. Más que de todo el oro de Galicia gusta del crimen y de la traición. Nunca le vio nadie reír ni jugar. Pero es muy atrevido y valiente, y por eso es querido del felón, el rey Marsil. Lleva por enseña un dragón, en torno del cual se agrupa la gente sarracena. Mal le quiere el arzobispo, y desde el punto en que lo ve, desea batirlo.

-Este moro me parece harto hereje -se dice en voz muy baja-. Lo mejor es, con mucho, que vaya a darle muerte. Jamás pude resistir cobardía ni cobarde.

CXIV

Comienza la batalla el arzobispo. Monta el caballo que tomó a Gresalle, un rey a quien dio muerte en Dinamarca. El corcel tiene buena rienda, es veloz. Tiene ágiles los cascotes, corto el muslo, patas lisas, largos los flancos, ancha la grupa y muy alto el espinazo. Su cola es blanca y amarilla la crin, pequeñas las orejas y la cabeza toda leonada. No hay bruto que le iguale en la carrera. ¡Con qué bizarría espolea a su corcel el arzobispo! Va a atacar a Abismo; nadie le hará volver grupas. Va a herirle sobre el escudo recamado de pedrería, de topacios, amatistas y carbunclos fulgurantes. En Val Metas fue donado por un diablo al emir Galafe, y el emir a Abismo. Turpín le acomete sin piedad. Después que lo ha herido yo creo que el escudo apenas vale un ochavo. Traspasa al sarraceno de uno a otro costado, y lo derrumba muerto sobre la tierra desnuda. Los franceses dicen:

-¡He aquí una hermosa proeza! ¡En manos del arzobispo el báculo no llevará deshonra!

CXV

Los franceses ven que los infieles son muchos: cubren los campos por todas partes. Son muchas las veces que gritan a Oliveros, a Roldán y a los doce Pares para que los defiendan. El arzobispo les descubre su pensamiento:

-Señores barones. No penséis en nada malo. Por Dios os ruego que no huyáis, para que ningún valiente pueda cantar de vosotros un mal cantar. Mejor es que muramos en la contienda. Pronto llegaremos a nuestro fin; de ello tenemos la promesa. No viviremos más allá de ese día; mas por una cosa salgo garante: las puertas del santo paraíso se os abrirán de par en par, y os sentaréis junto a los Inocentes.

A estas palabras los francos se sienten tan reconfortados que ninguno de ellos deja de gritar:

-¡Montjoie!

CXVI

Hay allí un sarraceno de Zaragoza -la mitad de la ciudad es suya-, Climorin, que nunca fue hombre prudente. Es aquel que, al recibir el juramento del conde Ganelón, por amistad le besó en la boca y le donó su yelmo y su carbunclo. Él afrentará -dice- a la Tierra de sus mayores, y arrancará al emperador su corona. Monta el caballo que él llama Barbamosca, más raudo que gavián o golondrina. Le hinca las espuelas, le suelta el freno y se lanza a acometer a Engleros, de Gascuña. Ni el escudo ni la cota le podrán resguardar. El infiel le hunde en el cuerpo la punta de su lanza, empuja fieramente y le atraviesa de parte a parte. A lanza tendida, le derrumba en tierra gritando:

-¡Fácil es de aplastar esta turba! ¡Golpead, infieles, para romper el cerco!

Dicen los franceses:

-¡Dios! ¡Qué valiente perdemos!

CXVII

El conde Roldán llama a Oliveros:

-Señor compañero, ved muerto a Engleros. No teníamos caballero más valiente.

Responde el conde:

-Que Dios me conceda vengarlo-. Y clava en su corcel las espuelas de oro. Enarbola a Altaclara, el acero ya está ensangrentado, y con toda su fuerza se precipita a matar al infiel. Se ensaña la hoja en la llaga y cae el sarraceno. Los demonios se llevan su alma. Después mata al duque Alfayén, le corta la cabeza a Escababí y desazona a siete árabes; ninguno de ellos podrá ya tomar parte en la batalla. Roldán dice:

-¡Mi compañero monta en cólera! A mi lado bien vale su precio. Por estos mandobles Carlos ha de querer más-. Y en voz muy alta grita:

-¡Dad caballeros!

CXVIII

De otro lado surge otro infiel, Valdabron, por quien fue armado caballero el rey Marsil. Es señor de los mares con cuatrocientas galeras, y no hay hombre de mar que no esté bajo su férula. Él tomó a Jerusalén por traición, y violó el templo de Salomón y mató al patriarca ante las fuentes bautismales. Él es quien recibió el juramento del conde Ganelón y le donó la espada y mil monedas de oro. Monta el caballo Gramimundo; un halcón es menos raudo. Le azuza bien con sus agudas espuelas y acomete a Sansón, el duque, el rico; le parte el escudo, le rompe la cota y le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalon. A lanza tendida, le desazona y le derriba muerto.

-¡Dad golpes, infieles, pues venceremos sobradamente!

-¡Dios! ¡Gran dolor por tal barón! -dicen los franceses.

CXIX

El conde Roldán, al ver muerto a Sansón, bien podéis creer que es arrebatado de gran dolor. Azuza a su caballo y corre en pos del infiel, con toda su fuerza. Empuña a Durandarte, que vale más que oro puro. Allí va el valiente, y asesta al enemigo un golpe desafortado sobre el yelmo, donde hay gemas engastadas en oro. Le hiende la cabeza y la cota y el tronco, la buena silla gemada y el mismo espinazo del corcel. Y -lo alabe o lo maldiga el que quiera- mata a los dos.

-¡Golpe cruel! -dicen los infieles-. Roldán responde:

-No puedo amar a los vuestros. ¡Está con vosotros el orgullo y la sinrazón!